

ra más sagradas que las deudas reconocidas y sancionadas por la ley; en la Bolsa algunas notas escritas con lápiz en los carnets de los agentes de cambio, bastan para hacer constar transacciones que ascienden a cantidades enormes, y esos contratos son más respetados que los convenios escritos en pergaminos sellados y rubricados."

Todo concurre, observaciones y hechos, experiencias y raciocinio, a la conclusión por virtud de la que la pena, las instituciones coercitivas, la ley, etcétera, sirven simplemente para engendrar graves trastornos sociales, mientras los métodos de la libertad, la obra espontánea del espíritu público, nos conducen en derechura al establecimiento de la paz y del bien.

En las sociedades humanas la evolución de las costumbres, de las ideas, de los sentimientos, ha sido siempre impulsada por el espíritu público que, si al principio es reacio a admitir modificaciones y reformas, producto constante de individuales iniciativas, bien pronto se identifica con ellas y las realiza haciéndolas suyas.

Los poderes religiosos y civiles han sido siempre elementos retardatrices de la evolución.

¿Qué debemos creer en vista de estas pruebas? Que para vivir en sociedad no se necesita otro poder que

el que resulta de la mutualidad de nuestras influencias, del cambio de nuestras opiniones y sentimientos, que en conjunto forman lo que llamamos coacción moral, el más universal y el más respetado de los poderes, por lo mismo que no se individualiza en nadie ni se encarna en ninguna entidad metafísica o real.

Para nosotros, que negamos todo poder constituido, toda institución autoritaria, es indudable el imperio indiscutible de la acción colectiva difundida en todos y cada uno de los hombres.

Ya sabemos que los espíritus preocupados, las inteligencias atrofiadas por la contemplación de lo existente y por la rutina religiosa, nos negarán la sal y el agua aun después de los hechos consignados y de las consecuencias que de ellos se derivan. Pero nosotros no escribimos para esas momias humanas, incapaces de toda sensación cerebral, ni ejercemos de sabios, que harto trabajo es para nosotros difundir las verdades por otros conquistadas. Escribimos para la masa común que carece de bastantes datos para afirmarse en lo que instintivamente presiente. Escribimos, en fin, para los trabajadores asalariados y para los que, sin serlo, están dispuestos, por la bondad de sus sentimientos, a ponerse al servicio de la humanidad.

Ricardo Mella.

Auras rojas¹

(Extracto)

I

Mateo Fiacrán, era un alma triste. La soledad de su vida marcó en ella un gesto amargo de desconsuelo.

Crecido en el dolor, lo sorprendió la vida en su fatal amargura, y la reflexión se encargó de descorder el velo de sus ilusiones de adolescente, como un fantasma maligno.

De allí que a los dieciseis años fuera un pesimista que no veía sino el lado doloroso, el lado triste de la existencia, a pesar de que su imagi-

(1) Por falta de espacio, nos vemos obligados a recortar y a dividir en 2 partes esta composición. ¡Que el amable amigo del Barzo se sirva perdonarnos!

L. D.